

# Santa Muerte, herejía viva. Crónica de una visita a un altar de la Santa Muerte

Saúl Santana Hernández\*

Sin catedrales, sin más apóstoles que los mismos fieles, la Santa Muerte hace de las crónicas de sus beneficiados su propio evangelio. Sin Inmaculadas que la hayan parido, sus oraciones reflejan el origen desesperado de sus feligreses: pobres sin más economía que la fe; portadores de VIH y enfermos de sida, desahuciados por el sistema de salud y por los sacerdotes; prisioneros, traicionados por sus abogados. “Mi Niña, que me toque un buen abogado”, se escucha en el rezo de cada domingo. Todo aquel al borde del vacío es párrafo de la Niña Blanca.

**E**s el crepúsculo de un domingo en el cruce de Congreso de la Unión y Fray Servando Teresa de Mier. Los muros de un templo imaginario son las líneas arquitectónicas setenteras de la estación del metro. Los arbustos y árboles del Parque Chiapas y hasta los árboles dedicados a los periodistas se transforman en atrio. Unos se acercan incrédulos, son recibidos por un papel que reza a manera de iniciación entre los jodidos: “Para ti que no crees en mí”.

Avanza la lectura mientras se disminuye el paso; cómplices, humos de cigarros y copal. “Te escribo esta carta para pedirte que no me insultes ni me juzgues, puesto que soy una obra de tu creador, y no soy culpable de que me llamen Santísima Muerte”.

\* Profesor-Investigador, Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

Su mención mental se detiene, un giro de cuello hacia el sur rebela el altar. Una estructura metálica, verde botella, forjada y/o soldada por espontáneo herrero al calor de la fe desesperada, cubre, más como adorno que como blindaje, las esculturas esqueléticas más veneradas, la Niña Blanca, flanqueada por sus gemelas, verde y azul intenso, casi negro. Imposible dejar de recordar su semejanza con la Santísima Trinidad Católica, por obsceno que suene. Sólo se observan los cráneos, el resto de los huesos están cubiertos de tela de tul al estilo quinceañera.

Debajo, peleando espacio, veladoras, velas, objetos particulares dejados como ofrendas, anillos, dinero, pan, todo lo que una deidad del altiplano merece para ser llamada deidad. No podían faltar los coloreados exvotos con semblante agradecido.

Regresa a la lectura del volante de bienvenida apelando a la religión local,

siguiendo el estilo de “a la diestra del señor”, “Recuerda que Jesucristo, hijo de Dios Padre, murió y resucitó, yo soy el espíritu de la luz que te lleva hacia Él cuando tu alma se desprende de tu cuerpo y tienes que rendir cuentas de tu vida”. Por si las dudas persisten continúa la fidelidad al sistema católico, exitoso por más de dos mil años, la amenaza: “Si no conoces de mí, no hables de más, primero concócame, invéstigame para que después puedas dar tu opinión”.

La saliva pasa por la garganta cerrada y, apelando al inquisidor que todos llevamos dentro, la misma Santa Muerte contrasentencia en su panfleto: “Porque no soy un ser satánico, tampoco soy un ser diabólico, mucho menos me llevo a un ser querido si no cumpliste con lo prometido, tampoco soy celosa con los demás santos”. El respiro regresa mientras el número de feligreses frente al altar de Fray

Servando y la avenida que antes se llamaba Morazán se sigue nutriendo.

“Soy la niña que te mira, mis manos que te consuelan, mis brazos que te cargan, mi mundo en el que vives, mi aliento el aire que respiras, mi manto que te cubre y resguarda, mis pies que te guían, todo esto lo tengo para ti, sólo invócame y pídemelo con el corazón y ayi [sic] estaré contigo”. Responsable, firma: “Atte. La Niña Blanca”, y acorde con los tiempos, al final del volante se da un celular 044 55 51 58 26 41 y una dirección en el por demás ecuménico ciberespacio <www.lugardemacario.com>; No creo que le haga falta Vaticano.

Avanza la noche, con cada rayo de sol que claudica llega un feligrés. Don Alfonso Erasmo, así sin apellidos, vestido con camiseta blanca, de esas que venden al mayoreo en Correo Mayor, saca de entre pecho y tela una cadena de tono plata de donde cuelga la figura metálica de la Santa. Son parte del atuendo urbano, sencillo, que lo acredita como vicario, intermediario entre ella y los abandonados sumados a las filas de quien, en un tatuaje de hombro moreno, es reducida a la sigla “SM”.

La oración, que se ajusta a cada coordenada, reza: “Que pronto encuentren una vacuna contra el sida... que pronto encuentren una cura contra el sida”, los seguidores siguen el rezo en la actitud aprendida y aprehendida de las prácticas católicas, el innegable pasado que los negó.

Junto, un puesto de periódicos muestra los titulares de narco-matanzas, narco-ejecuciones, narco-túneles y otros usos del prefijo más actual: “Que no me peguen los policías”, dice el rezo y en contraste, el rezo menciona: “Que no me hiera el delincuente”. Para todos hay Santa Muerte.

Al final todos, todos, se persignan y hasta el que esto cuenta lo hace, en un doble sentido, para no desentonar entre los presentes, que por cierto ni te pelan, y “por si las dudas” y el crucificado en el Gólgota te está viendo y no alcanzara a comprender que para redactar una crónica hay que involucrarse, aunque hayas dejado el catolicismo hace más de diez años. No vaya a ser el diablo. En medio de estas reflexiones pasa la canastita de plástico recogiendo el donativo, de todo aprendieron en la Iglesia Católica los fieles de la Santa Muerte.

El silencio se convierte en rezo cuando el sacerdote de la camiseta blanca menciona: “No hay diferencia entre la Niña Blanca y Jesucristo, son el mismo origen: Dios Padre”. Una señora de edad, con rebozo azul desteñido, toma su crucifijo, de esos normalitos, con imagen de Jesús en la cruz, y lo atenaza, lo acaricia. No, para ella no hay diferencias. No, nadie respinga, para los presentes el crucificado hace dos mil años y la Santa son la misma fuerza, la misma esperanza.

La única diferencia entre los palestinos y judíos y romanos de aquel desértico entonces es que aquí la veneración radica en chilangos, migrantes y mirones; es la actualización del pecado y su perdón. Allá en Palestina, el polvo del desierto fue la escenografía; aquí, el humo aderezado con ozono. Mientras culmina la oración con: “Mi Niña Blanca... Amén”.

La gente se dispersa, no sin antes consultar al sacerdote. Un refrán cruza la mente y recuerda la sentencia clerical-popular: “El que no conoce a Dios, a cualquier santo se le hinca”. Pudiera ser consuelo de algún cardenal primado, pero las palabras de una señora que termina de saludar a don Alfonso, el sacerdote de la Santa Muerte, son cabales: “Ya sólo creo en que ella lo ayude”.

Preguntamos: “¿A quién?, ¿ayudar a quién?”. Alzando la vista, aparentando enfocar al impertinente preguntón, contesta: “A mi’jo, está en la cárcel, su abogado nomás nos cobró y ni lo defendió... Ahora me dijeron que tiene sida, yo digo que ahí en la cárcel se lo pegaron... Ellos dicen que ya lo traía y me cobran por inyectarlo y como no me alcanza pues lo dejan que le dé la tos, harta tos... y para terminarla de amolar, los curas, los de afuera, ya no quieren darle la bendición que porque no les acomoda la visita”. Doña Luzma, como dice llamarse, acompaña un refunfuño blasfémico con un movimiento de brazo enojado que culmina, ya calmo, en su cruz, al tiempo que lo guarda tras la ropa.

El olor humeante de un puesto de hamburguesas que comparte el atrio urbano con el altar a la Santa Muerte reemplaza los aromas del incienso. No, no hay ostia, pero tres feligreses pasan por una hamburguesa y una Coca *light*, en vez del vino de consagrar.

A un costado, un joven vende imágenes de todos tamaños y colores de la deidad; en metal, para colgar como pendiente; en yeso, para adornar el altar casero u ofrendar; y los misales, según la causa desesperada que aflija: pérdida de trabajo, pérdida de salud, pérdida de amor... ese amor, pérdida de libertad. Para no dudar de la filiación de la Santa Muerte, el puesto también vende imágenes de San Judas Tadeo, ¿alguna duda?

Pero, el infaltable pero. Incluso la herética Santa Muerte padece sus propias herejías. Camino hacia el metro, un hombre de botas vaqueras y camisa de manga corta deja ver en el antebrazo izquierdo un tatuaje de la Santa Muerte con guadaña; exclama: “Chale... esta ni es la buena... esta es otra banda... la buena está en Tepito... pero ya no alcancé a llegar”.

En fin, todos integran el evangelio según los desposeídos.